



LETRAS EN LOS CORDONES

Texto de Cristina Falcón, ilustración de Marina Marcolín. Kalandrika. 32 páginas. 14 euros. Álbum ilustrado a partir de 7 años.

cón. A página completa ilumina la narración literal mientras en pequeños colofones compone imágenes oníricas en las que el niño se acerca a las letras que tienen vida propia. Tonos ocres y amarillos sobre los que deslumbrantes blancos definen ríos, madres, páginas.

Las 'Letras en los cordones' son las que nos separan y nos unen al mundo, las que quieren mostrar al joven lector el umbral de un mundo fascinante, el literario, que pasa por ellas.

Un superhéroe de andar por casa

■ V. M. N.

Cómic sobre creadores de cómic. Jorge y Berto son dos niños traviesos, la pesadilla del director de su colegio. Forman un tándem creativo que escribe cómics vendidos luego a precio económico en el patio. Han creado las aventuras del Capitán Calzoncillos, un su-

perhéroe de andar por casa. Y pronto confundirán los personajes de su cómic con los de verdad. La novela está contada con palabras y a través de dibujos, que sin llegar a ser viñetas, sí sobrepasan la función ilustrativa.

En una de sus travesuras son pillados por el director,



LAS AVENTURAS DEL CAPITÁN CALZONCILLOS

Dav Pilkey. SM. 128 páginas. 12,50 euros. (Disponible en rústica también)

quien logra a través del chantaje su ilusión de tenerlos dominados. La lucha contra los malos, las aventuras con su Capitán, se disparan. La novela se convierte en cómic al llegar al 'Fliporama'.

Lectura fácil y amena para aquellos que no han dado el salto de los cuentos a una narración más larga. En su defecto, parte de la agilidad se la debe el libro a su epidérmica historia, aunque eso no le impide estar en constante reedición.

William Kennedy, un Balzac americano

Viaje a las cloacas de la era Roosevelt



El ciclo de reportajes y novelas de William Kennedy en torno a Albany, su ciudad natal y capital del Estado de Nueva York, se compone, hasta el momento, de una decena de títulos publicados entre finales de los años 60 y 2011. El más célebre, adaptado al cine por Héctor Babenco en 1987, es sin duda 'Tallo de hierro' que, junto a 'Roscoe, negocios de amor y guerra', ha publicado también en fecha reciente Libros de Asteroide. 'Tallo de hierro', tras sufrir muchas dificultades para encontrar editor, fue Premio Pulitzer de Ficción en 1984, y consagró definitivamente al escritor. William Kennedy había trabajado como periodista en su país, en Europa y en Puerto Rico, donde conoció al que sería su principal apoyo en el debut de su carrera literaria, Saul Bellow.

Sin seguir una estricta cronología, son muchos los personajes que reaparecen en varias de las novelas, en particular los pertenecientes a las familias Phelan, Daugherty, y los poderosos McCall, detentadores del poder político en Albany. Así, la parte final de esta 'La jugada maestra de Billy Phelan' sirve de presentación a Francis Phelan, padre del jo-



Jack Nicholson y Meryl Streep en la versión cinematográfica de 'Tallo de hierro'. ■ EL NORTE

ven que le da título. El lector se queda con las ganas de saber más del curioso sujeto marcado por la desgracia familiar, que abandona su entorno para convertirse en vagabundo y que, víctima de la Depresión del 29, caerá preso del alcohol y la inmunidad más bárbara... Leer 'Tallo de hierro' después de 'La jugada maestra...' nos permitirá completar la deriva de Francis y conocer su pasado, aunque no está de más aclarar que las dos novelas fun-

cionan a la perfección de manera independiente. La acción de ambas se desarrolla a finales de 1938, y en escenarios casi similares. Hay que dar gracias a Bellow y al Pulitzer por acabar con las reticencias editoriales hacia una obra que a muchos se les antojaba inconveniente y trasnochada, y que ahonda magistralmente en las cloacas de la era Roosevelt. Escritores como John Steinbeck ya habían acometido un cuadro parecido al calor

-o habría que decir 'al frío' de la terrible crisis. De todo esto habla Jordi Fibla en un breve prólogo a su traducción de 'Tallo de hierro'. Él mismo se ha encargado de verter al castellano los tres títulos, y creo que su trabajo es de gran altura, sobre todo en lo que se refiere a los diálogos, de singular importancia en la narrativa de William Kennedy.

No es fácil -ni necesario, por otra parte- poner etiqueta a las novelas de este autor:



LA JUGADA MAESTRA DE BILLY PHELAN

William Kennedy. Traducción de Jordi Fibla, Barcelona, Libros del Asteroide, 2012, 366 páginas, 21,95 euros.

de billar, de bolos, de póquer, y corredor de apuestas en todas las categorías, Billy Phelan, para tratar de entenderse a sí mismos y de ayudar a que los demás los ubiquen debidamente y comprendan su modo de actuar. Oímos sus pensamientos como si hablaran consigo mismos, y tales incursiones en su yo más profundo completan unos diálogos fulgurantes, de elocuente expresividad, que hacen avanzar la trama con maestría. En 'La jugada maestra...', como en 'Tallo de hierro', como en 'Roscoe...', hay multitud de personajes secundarios cuya presencia no debe desalentar al lector, pues Kennedy se las ingenia para que nunca perdamos el hilo fundamental de los principales. Se trata de comparas que pueblan todos los recovecos de Albany, y que ayudan a componer un cuadro descriptivo y analítico muy completo de una ciudad con una historia reciente particularmente conflictiva en lo político, en lo social, y en lo delictivo.

Es el retrato de una ciudad que representa -como el Boston de George V. Higgins, aunque este autor se mueva más en el ámbito de la novela negra- el prototipo de un conglomerado humano en el que se mezclan diferentes grupos de emigrantes disputándose el poder, y que encumbra a individuos carentes de escrúpulos que se sirven de la política para sus estrictos intereses. Kennedy no elude recursos: sitúa en el contexto internacional la deriva de esa 'gente importante' que es pura escoria desde la ética más elemental; de ahí las alusiones a la Guerra Civil Española o al antisemitismo galopante en Europa que salpican la novela. Los trapicheos del Partido Demócrata, su alto grado de corrupción y de prácticas mafiosas -al menos en los años retratados, los de Roosevelt-, no dejarán de sorprender también al lector. En definitiva, leer a William Kennedy es como leer a un moderno Balzac.

